

E. MIRET MAGDA LENA

DECIA Bertrand Russell que las religiones no han fomentado la paz, sino las duras e inhumanas querellas, en nombre de la verdad que creen poseer sus seguidores.

Por si dudásemos de ello, monseñor Guerra Campos propone en reciente escrito pastoral, "la lucha contra el mal y el error, en defensa de la verdad y de la justicia, como hizo el Señor". Pero no piensen los pacíficos creyentes en el Evangelio, que eso se pueda hacer, según él, sosegadamente; nuestro obispo de Cuenca añade que: "una acción de esta índole (la lucha contra el mal y el error), tan propia de la Iglesia, aunque movida por el amor, no pretende como objetivo inmediato el apaciguamiento, sino lo que insinúan las intencionadas palabras de Jesús: "vine a traer la guerra, no la paz" (Mt 10,30) (Boletín del Obispado, feb. 1975).

Se ha dado un giro de 180° a la intención de Jesús. Sin embargo, sus palabras sólo comprueban un hecho: las divergencias humanas, las divisiones entre los hombres o por incompreensión o por intolerancia. El Evangelio no va más allá; no es un fomentador de estas diferencias y enfrentamientos. Esa no es su actitud vital, sino la contraria. Si en una frase se puede resumir la enseñanza del fundador del cristianismo, es en ésta: "shalom", paz. Su norte es esa tranquilidad y libre convivencia que tiene en cuenta a los hombres, los respeta, deja en libertad y no los fuerza. Que llama insistentemente a la puerta, pero no viola la intimidad del recinto personal. Que hace viable el derecho a la intimidad.

Siempre encontraremos que hay quienes lo entienden al revés; y se comprueba un hecho triste: las palabras evangélicas que observan aquel hecho se convierten por arte de magia en arenga guerrera o en dura doctrina que ha de orientar nuestras vidas. La distensión que supone la paz predicada por el Evangelio se convierte en bronca tensión que nos mantiene alerta ante los enemigos que rastreamos en cualquiera de las personas que no piensan como nosotros.

Monseñor Guerra Campos hace también en su comentario al discurso de Pablo VI sobre la reconciliación, otro tipo de observaciones. Lo que a muchos no nos gusta de sus comentarios es su orientación doctrinal rígida, que parece sin apelación. Pero hemos de reconocerle dotes de hábil observación que le da su región de origen y que utiliza para defender sus posturas.

Y hablo así porque entiendo con esta franqueza el diálogo que propugnó Pablo VI para la Iglesia en la más olvidada de sus encíclicas, la *Ecclesiam Suam*, escrita en 1964.

Observa este obispo que "el discurso sobre la reconciliación se convierte casi siempre en un factor que agudiza la división". Y sigue diciendo: "unas veces porque se trasluce la pretensión de unificar, imponiendo una de las opciones"; y añade todavía: "más

veces porque la descripción de las posiciones, al polarizarlas y simplificarlas, resulta inexacta y deformante, y los que las sostienen no se ven reflejados, lo que provoca, como es natural, su reacción, o hace que se sientan ofendidos". Pero todo ello se puede agravar dramáticamente "cuando en el análisis se introduce un juicio de intenciones".

De acuerdo en esto con quien piensa muy distinto de mí. No hay cosa más equivocada que juzgar a los demás internamente, y esto lo podrían pensar sus amigos y los hijos. Los católicos, a pesar del mandato evangélico de «no juzguéis y no seréis juzgados», no vivimos tranquilos si no hacemos, ante cualquier divergencia, un juicio de intenciones, atribuyendo a nuestro contrario no sólo la dife-

LA RECONCILIACION, ¿ES IMPOSIBLE?

rencia de opinión ni sólo el juicio sobre su error, sino una disección de su conciencia personal atribuyéndole las peores intenciones y motivaciones. No nos conformamos con constatar un hecho, sino que lo malinterpretamos sin recordar que el refranero español, con su característica malicia labriega, nos avisó de que "piensa el ladrón que todos son de su condición".

Siguen unas observaciones que parecen tocar a otros compañeros en el episcopado más modernos que él, supongo que sean españoles o no lo sean: "las inexactitudes anti-reconciliantes se multiplican cuando cede a la tentación, tan de moda, de dar a entender que el que habla representa el equilibrio o el "centro". ¡Perspicaz mirada! No creo que en el elenco de juicios contra el centrismo se haya dicho algo más ajustado a la realidad, porque observa, entre otras cosas y dando con el dedo en la llaga, que "esta dialéctica... adolece casi siempre de ambigüedad".

Es preferible una clara y sincera postura, como es la mal llamada tradicional en la Iglesia, que no el vago y peligroso centrismo de quien oculta su verdadero pensamiento o no lo tiene, y todo lo promedia y corta su fuerza actuando sin nervio ni personalidad. Ese es el freno mayor para el progreso, porque, como un desierto de asfalto, impide avanzar ocultándonos la blanda trampa que pone bajo nuestros pies. "Los vomitaré de mi boca —dice de éstos la Biblia— porque no fueron ni fríos ni calientes".

Hay que concluir, por tanto, que la clari-

dad en las posturas es el primer paso hacia la verdadera reconciliación. Paso insuficiente sin duda, pero primer paso del que habla monseñor Guerra comentando al Papa.

El segundo es más difícil: acostumbrarnos a la pluralidad de opiniones sobre los hechos que nos rodean. Punto que es decisivo y que los conservadores olvidan demasiado.

En un país como el nuestro, ancestralmente dominado por el clero, y éste entregado las más de las veces a los poderosos, poca pluralidad cabía en un juego limpio entre españoles de todos los signos. Y los grupos que se aliaron al clero se resentieron de este mismo exclusivismo del que sólo se pueden librar los grupos humanos que acepten sinceramente el libre juego de la convivencia social, sin mediatizaciones absolutistas, inspiradas por la intolerante religión que hemos vivido los españoles desde el siglo XVI para acá, tras la Contrarreforma de inspiración española.

El discurso del Papa, el cual comenta en parte nuestro obispo, me parece que puede originar en alguno de sus párrafos más confusión que aclaración. Habla el Papa de los que desde dentro de la Iglesia la socavan, pero no recuerda suficientemente, con sus un tanto tenebrosas palabras, aquellos otros discursos suyos en los que hacía de la crítica abierta y clara una obligación del cristiano, porque era el ejercicio legítimo de una "corrección fraterna" entre superiores e inferiores, como se practicó en la Edad Media y como enseñó el llamado doctor común de la Iglesia, Santo Tomás de Aquino.

Socavar es una cosa subrepticia, confusa y malintencionada; criticar abiertamente con razones es otra muy distinta. En agosto de 1966, Pablo VI decía que lo que debemos hacer en la Iglesia es "no ocultar sus faltas, sino deplorarlas", y con razón añadía que la "humildad" no sólo se debe pedir a los fieles, "sino, sobre todo, en las más altas filas de la jerarquía".

Debemos acostumbrarnos al pluralismo de opiniones y juicios sobre los hechos de la Iglesia y de la sociedad, así como discutir de ello sin amargura ni enfrentamientos. Y, ante todo, evitar solicitar la intervención del brazo secular para impedir la libre discusión y el franco diálogo. Todos tenemos derecho en la sociedad civil y religiosa a hablar.

Sólo con estas dos premisas podremos llegar a la reconciliación: facilitando cada vez más la posibilidad de hablar con libertad, y con la aceptación tolerante del pluralismo de opiniones, aunque no nos gusten. Lo único que no podemos admitir es la pretensión de imponerse con el grito o con el candado. Porque lo que debe existir —religiosa y civilmente— es el libre juego de la convivencia sin exceptuar a ninguno de los que pretenden convivir. Y la Iglesia debe ser quien dé el primer paso con claridad para que los demás la imiten, sobre todo si se llaman católicos y quieren seguir llamándose.